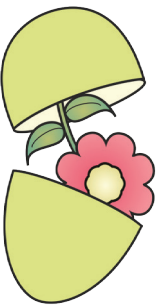


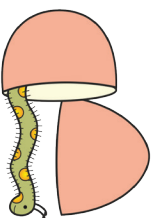
Todos respondieron con entusiasmo; todos menos Jaime. Él sólo miraba atentamente el rostro de la maestra. No quería perderse ni una palabra de lo que ella decía.

Al día siguiente todos los niños llegaron entusiasmados, cada uno con su huevo de plástico. Pusieron los huevos en una canasta que la maestra tenía en su pupitre. Después de la clase de matemáticas ella los abriría.



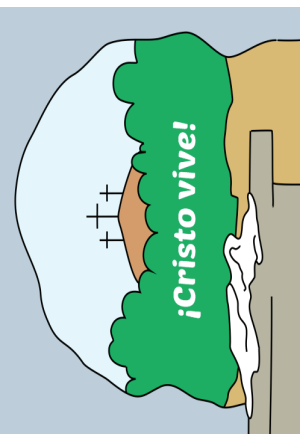
En el primer huevo había una flor.

—La flor es una buena representación de vida nueva—dijo la maestra.



Luego abrió otro huevo. En ese huevo había una oruga. Ese huevo era de Rosita. Ella sonrió alegre cuando la maestra dijo:

—La oruga crece y se transforma en mariposa. ¡Qué buena representación de vida nueva!



Se acercaba la Semana Santa. La maestra contó a sus alumnos la historia de la muerte y resurrección de Jesús. Les dijo que Jesús vino para darnos vida nueva.

La maestra Doris dio a cada uno de los niños un huevo de plástico vacío.

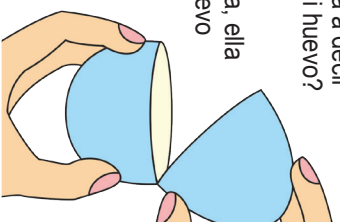
—Quiero que pongan en su huevo algo que represente la nueva vida que Jesús vino a darnos—dijo la señorita Doris—. Traigan mañana sus huevos.

La señorita Doris siguió abriendo huevos hasta que llegó a uno que estaba vacío. Se quedó callada y pensativa.

—Maestra, ¿no va a decir nada acerca de mi huevo?—preguntó Jaime.

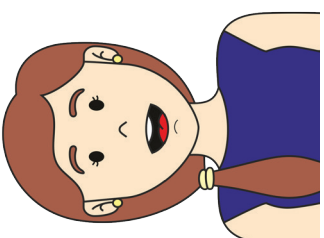
Un poco nerviosa, ella le dijo que ese huevo estaba vacío.

—Sí, profesora—dijo Jaime—. Es que la tumba de Jesús estaba vacía.



—¿Sabes por qué la tumba estaba vacía?—le preguntó ella.

—Oh, sí. Cuando Jesús murió en la cruz lo pusieron en una tumba. Pero Dios abrió la tumba y Jesús salió.



La maestra sugirió a los padres de Jaime que ellos fueran a la escuela para ayudar a los niños con los especiales. Eso los sorprendió, porque Jaime estaba contento en su escuela y amaba mucho a su maestra.

Doris, la maestra, pidió a Dios que le diera paciencia con Jaime. A veces él entraba al salón gritando con fuerza: «La quiero mucho, maestra.» Entonces ella se ponía roja como un tomate.

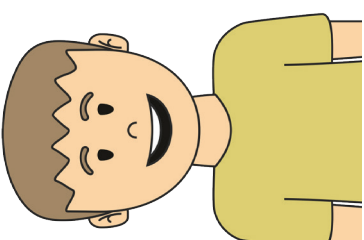
La señorita Doris se sintió avergonzada. Ella había dudado de Jaime. Pero ese muchacho, de mente poco desarrollada, era el que mejor había comprendido la vida nueva que Jesús nos da.

Esa es la gran maravilla de la Semana Santa. Jesús murió; pero resucitó. ¡Él vive! Tenemos un Dios vivo, que está a nuestro lado en todo momento.

Cuando las mujeres fueron al sepulcro para unguir el cuerpo de Jesús con especias aromáticas, encontraron que la tumba estaba vacía. Un ángel les dijo la gran noticia de que Jesús estaba vivo.

«¿Por qué buscan ustedes entre los muertos al que vive? No está aquí; ¡ha resucitado!»

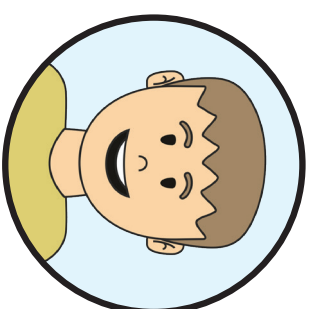
Lucas 24:5,6



Jaime era un muchachito alegre de doce años; pero tenía un problema. Su cuerpo había desarrollado casi normalmente pero su mente era como la de un niño de siete años.

A veces Jaime actuaba como los muchachos de su edad pero otras veces se portaba como un niño de segundo grado. Su profesora no tenía mucha paciencia con él.

EL HUEVITO DE JAIME



Aunque le mente de Jaime no había desarrollado normalmente, su corazón comprendía el mensaje de la Semana Santa, de que Jesús vive.